

Las palabras y el silencio. Una lectura a contrapelo de la historia

Francisco Sierra Caballero

Universidad de Sevilla

La mediación social es del orden de las ausencias que trasciende la posibilidad de lo socialmente visible a la aprehensión a nivel superficial. Toda la vida social precisa de esta lógica de lo encubierto o, a priori, de lo no perceptible, del vacío. Por lo mismo, no hay texto sin pre/texto, ni con/texto, en el proceso de comunicación –que, como la música, requiere del silencio para ser efectiva, tal y como mostrara Carlos Castilla del Pino-. Esta es la principal enseñanza que aporta originariamente *De los medios a las mediaciones*. Todo músico sabe que no hay poesía ni ritmo y armonía posibles sin el *silencio*, que es tanto como una peculiar economía del tiempo, de la pausa, la vida o, diríamos en nuestro caso, de la historia no narrable ni contada. La peculiar mirada de Martín Barbero es consciente de esta premisa definitoria de lo social en un tiempo de silencio que es oficio de cartógrafo de lo no explorado u ocluido, en los procesos instituyentes de los medios y las dinámicas de la información administrada. En este sentido, su lectura es una radical apelación al silencio y a la memoria de los olvidados.

Más allá de las lecturas *benjamineanas* –tan del gusto de Jesús–, para pensar el decir del hacer, sabemos que la palabra siempre opera en el tiempo y no tanto en el espacio. Implica otear el horizonte desde las ruinas del pasado. Por ello, reconocer el aporte de su obra es, en cierto modo, rendir tributo a quienes callan y son olvidados porque no dicen o apenas son representados por una academia desconectada de los mundos de vida. Significa, en fin, valorizar la densidad de la memoria, de la historia y la sensibilidad populares, reconocer la memoria de su madre, de los pobres campesinos castellanos de su provincia natal, rendir tributo al silencio de los indígenas, campesinos y humillados de la tierra, al grito de la memoria, al silencio de Elvira, y de tantos y tantos queridos discípulos, amigos y colegas, que siempre solícitos permanecemos atentos y curiosos dando seguimiento a los giros de la conversación de Jesús, en justa pleitesía al arte retórico de la lógica socrática del maestro.

Solo a condición de esta actitud *freireana* de escucha activa, presente en su tesis doctoral, podemos pensar la palabra como afirmación de la vida, como la imagen evocativa de la esperanza, entendida –en términos de James Scott– como el arte de la resistencia, que no es otro que el enraizamiento de las palabras en el mundo, los mundos de sentido que en las culturas populares en América Latina componen el rico ritual del ver y callar o de formas singulares como la tertulia. Hablar y callar, hablar por hablar.

Si el silencio es la primera piedra del templo de la filosofía y del aprendizaje, ese silencio que es asombro del misterio de la vida que *deconstruye* toda sospechosa transparencia para constatar el espesor

y riqueza matricial que conserva la densidad del universo, a partir *De los medios a las mediaciones* la comunicología empezó a escuchar a quienes estaban presupuestos en la palabra dada, en la producción serial de las industrias culturales. De este modo, Jesús abrió un punto *otro* de anclaje de la experiencia y de la observación del campo de estudios. Supo ver que la comunicación es el mercado y la feria, y que el barroco de las culturas populares en América Latina es tanto silencio como carnaval. Cabe desde luego cuestionar qué sentido tiene en comunicología, la ciencia de lo común, como apunta sabiamente Muniz Sodré, pues opera en el orden de lo simbólico (*syn-ballein*), definir nuestro objeto no como el campo de la palabra sino más bien la *constelación* del sentido que tiene lugar y precisa de rituales en las que es tan importante hablar como callar y sentir. Uno que es andaluz, y por tanto barroco, nada dado a la medida o al recogimiento, sabe por experiencia, como ilustra el maestro, que las transformaciones y la dinámica de comunicación se comprenden mejor en las fronteras, en los márgenes, redes y flujos que Jesús bien reconoce en sus sucesivos descentramientos del Norte al Sur, del Centro a la Periferia, o de los medios a las mediaciones. Su obra solo es posible asumiendo esta lectura, comprendiendo qué significa en su obra Colombia, un país mediterráneo –escribe Germán Rey– que siempre ha mirado hacia las montañas. De ahí el sentido que transpira el texto, el basamento de toda su obra. Jesús Martín Barbero nació en Castilla pero siempre, por la vía del silencio de su madre, de los campesinos anarquistas y su experiencia trashumante –de la vida en fin–, fue un hombre del Sur, un sujeto consciente del *ethos barroco*. Un sujeto producto del pensamiento mestizo que ha cultivado el oficio de mirar desde dicho *ethos* mediterráneo, hecho de trozos y pedazos de códigos culturales distintos.

Como quien escribe estas breves notas, Martín Barbero pronto vivió el choque cultural de una cultura hispana –de acuerdo con Dussel, la más desarrollada de la Europa del siglo XV, heredera del Califato de Córdoba– con las culturas amerindias, produciendo un híbrido, moderno y mestizo, por el choque de la cultura latino-andaluza con los mayas, los aztecas, los quechuas, los aymaras y los tupí-guaraníes. Desde el siglo XVI, emerge así un *ethos híbrido*, con elementos renacentistas hispanos e indígenas que dan cuenta de la política de enraizamiento, de la cultura de resistencia del *homo ludens*, manifiesto de forma evidente en la carnavalización del conflicto entre lo normativo y lo lúdico, entre la norma que socializa y la praxis de la libertad para la apropiación social necesaria como parte de la adaptación creativa de las culturas populares que nuestro homenajeado, tanto y con tan certero criterio, ha reivindicado siempre como punto de partida y llegada de todo análisis de la comunicación y la cultura.

Conviene señalar esto porque no es posible comprender la perspectiva de la mediación en comunicología sin situar los aportes del autor en la amplia y diversa expresión de la creatividad cultural de las culturas populares han proyectado siempre históricamente en América Latina, una región y territorio fuente inagotable de vida por la permanente voluntad de jugar a palimpsestos entre la contingencia y la tradición cultural heredada. En cierto modo, como advierte el filósofo Bolívar Echeverría, el *ethos barroco* que define la cultura latinoamericana en la modernidad, a diferencia del realista angloamericano, es partícipe de una cierta estética de la resistencia, la afirmación de la dimensión transformadora de la cultura a partir de los mundos de vida. La lógica del palimpsesto o de la resiliencia constituye la necesaria adaptación creativa de las culturas dominadas en su búsqueda de reinención y apropiación social. Un problema, en fin, de traducción y comunicación, de

hermenéutica diatópica que rige en la dimensión performativa de lo simbólico y que Martín Barbero supo bien entender desde Lovaina al hacer dialogar a Paulo Freire con Antonio Gramsci, al asumir que el proceso de ‘escucha activa’ es, además de una dimensión existencial, una forma constitutiva de las culturas populares latinoamericanas, de una temporalidad y modernidad *otra* que requería otro modo de cartografiar y pensar. Por ello, Jesús siempre ha sido un fabulador, un traductor, un crítico y un constructor de utopías posibles desde la performatividad irreductible del arte de la resistencia.

En suma, como Bolívar Echevarría dejó escrito sobre Walter Benjamin, en Jesús tenemos el resultado necesario de una vida que, para afirmarse como tal, tiene que cumplirse contra la corriente, en medio de una propuesta –difusa pero incondicional– de inadecuación con las condiciones en las que debe desenvolverse. Expresa una afectividad militante pero ambivalente ante una realidad global, sintetizadora de todas las realidades particulares que pueblan el horizonte de su experiencia; una realidad que él percibe a un tiempo como fascinante y amenazadora, como deseable y repulsiva, y en la que no es posible distinguir con claridad dónde termina lo uno y comienza lo otro. De acuerdo con Rossana Reguillo, hay autores que atestiguan la intensidad de su presencia no solo por la obra que producen sino por algo mucho más definitivo y fundamental, las huellas que van dejando en otros. Huellas que desbordan la cita académica, la referencia obligada, la bibliografía indispensable y que, más allá, hablan de una marca en el ver y en el pensar. Huellas y rastros del silencio que dan cuenta de las mudanzas de sentido, del *ethos barroco* mediterráneo con el que, intelectualmente, ha comulgado Jesús Martín Barbero, cual caminante herido, y por el que no ha hecho otra cosa –como dice Reguillo– más que rendir tributo a la memoria de su madre. Quienes compartimos amistad con el maestro siempre hemos comprobado que esta es la verdadera razón de ser de su trabajo, por la que, pasado el tiempo, la obra admite nuevas lecturas y es posible aprender de su memoria nuevas ideas, tanto como cuando escuchamos, en silencio y atentos a su palabra, en Sevilla o La Habana, en Bogotá o en Quito, nuevos ensayos y aproximaciones, expectantes de las iluminaciones varias –como, esperamos, pueda arrojar en su libro sobre Bogotá–, con el fin de seguir deambulando por su narración cual *flâneur*, observando el paseo y tensión de las ideas, del *trashumanar*, que diría Pasolini, con los que es posible encender nuestra imaginación para dar que pensar y alumbrar la inteligencia del tránsito. En esto consiste la comunicología del Sur, un pensamiento de la praxis para la dignidad de los olvidados, cuya potencia está siempre por explorar y definir en el compromiso de interpretar los caminos de la vida.